



Verónica
García
Ontiveros

Dani
Arias









wilson

wilson

Verónica
García Ontiveros

Dani
Arias



Ediciones de la Terraza

A Iris Rivera, que lo último que me enseñó fue a escribir.

Verónica



1. ¿Dónde vive? ¿Usted quién es?

Raro, lo llamaban.

¿Raro, por qué?, ¿por su extrema delgadez?, ¿por su interminable altura?

Era verdad que de perfil no sobrepasaba el filo de un naipe, que algunos creían que andaba en zancos, y que muchos lo confundían con un espantapájaros.

¿Sería por su gusto en el vestir?

Repasó el traje que llevaba puesto: impecable el raso azul eléctrico del saco y pantalón, con su solapa fucsia almidonada, y una campanilla de plástico lila en el ojal.

Era un hecho que no usaba camisa, pues no eran sus dedos para enredarse en hileras de botones, ni su cuello para los nudos de las corbatas; pero la remera a rayas, verde y amarilla, era igualmente sobria, rellenando el escote en ve del saco.

Completaban el conjunto los zapatos de charol blanco, a tono con los guantes de terciopelo, y definitivamente, nadie podía criticarle el atuendo.

Sus ojos de gorrión, negros y chiquitos, no podían ser el motivo, aunque sí tal vez su voz finiiiita, que sonaba bastante parecida al flautín del afilador.

Lo llamaban raro. No quedaba otra opción: era por su pelo.

Negro y agrupado en mechones puntiagudos que señalaban al cielo, otros pasaban horas entre barberos y peluqueros para lograr un empañado reflejo de lo que a él le crecía solo. El estado natural de su pelo era la copia exacta de un paraguas dado vuelta por el viento, y de ahí su apodo: el paragüero.

El pueblo de Porquesí no era raro en absoluto.

El caserío no había aparecido, como otros, en círculos concéntricos alrededor de un río o de un pase mágico tras el vapor de un tren.

Porquesí había nacido, como su nombre anunciaba, el único día del único año en que llovieron semillas de pueblo, y una brotó en lo que hoy era el centro de la plaza.

Desde entonces, como retoños fueron germinando las chozas, enramándose las calles, echando raíces campanario y cementerio.

El racimo de casas maduró en aldea y floreció en pueblo, aunque Porquesí había crecido como había nacido, con todas las preguntas respondidas desde el nombre.

Y si las preguntas hallaban respuesta una y todas las veces en Porquesí, pero una y todas las veces la respuesta era la misma, para qué seguir preguntando. Fueron así dejándose de oír desde los interrogantes más simples ¿por qué me sigue la luna?, ¿por qué es salada la sal?; hasta los más deli-



cados ¿por qué se rompen los corazones?, ¿por qué un par de ojos se cierran y no se abren más?

Con el tiempo, los habitantes de Porquesí fueron perdiendo el arte de preguntar. Y sin cuestionamientos, desaparecieron el cosquilleo de pluma de la adivinanza, la voz baja del secreto, el aire anudado del misterio. Los niños que nacían pronto olvidaban sus inagotables ¿porqués?, como la lengua materna que no se practica. Y sin que casi se notara, dejó de apretar el zapato de la curiosidad, se curó el hipo del interés, no molestó más el ladrido de la duda.

Porquesí era un pueblo de certezas. Un pueblo que, como el sol, iba de este a oeste cada día sin que nada desviara su camino.



2. ¿Por qué a mí?

A la medida de Porquesí, el Comendador tampoco tenía nada de raro.

Su cabello lacio por los hombros, con flequillo a dos aguas y tres anchos bucles a cada lado del rostro, eran lo más natural del mundo. También, el cuello palomita de su camisa, con un lazo rojo hecho moño, y sus dientes derechos y alineados como los de un peine.

En su figura resultaba perfecta hasta la prominente mancha de nacimiento en la punta de su nariz, que reposaba imperturbable como una roja y abultada frutilla.

Lo que se sabía de tal protuberancia era que la madre del Comendador había deseado mucho, mucho, mucho, comer una frutilla durante los doscientos setenta y tres días de su embarazo, pero una sequía muy larga había azotado al poblado de Porqueamí, de donde era oriunda la familia, y al no poder la embarazada sacarse el antojo por falta de arbustos, condenó al niño a padecer una frutilla por nariz. Lo que no se sabía de tal incidente era que en Porqueamí los pobladores en general no aceptaban fácilmente los espirales del destino, y las madres en particular, a los hijos mal aspectados. Fue entonces que desde la cuna, bajo un asfixiante velo de sábanas, el recién nacido nunca se espejó



en los ojos de su madre, no escuchó la carcajada de las rondas, no fue abrigado con el terciopelo de las nanas. El pequeño se meció en la furia o la resignación de la voz materna ¡*Suerte del demonio!*, ¡¡*Mala suerte, hijo!*!, ¡¡¡*Maldita suerte!!!*, entre variados improperios que la mujer misma atribuía a la creencia de su antojo incumplido.

En Porqueamí el tiempo tampoco cicatrizaba heridas, y en este niño, sobre el tajo de la indiferencia se alojó la sal del desprecio. Ya mayorcito, el pequeño se vio obligado a representar fielmente las excusas sobre su nariz inventadas por la madre; fingiendo el dolor producido por el aguijón de una abeja reina, la picazón de una alergia a la sopa de caracol o los estornudos de ciertas congestiones subtropicales. Pero aun esforzándose por resultar convincente, y a pesar de sus naturales condiciones histriónicas, no evitaba las escandalosas burlas de todo un pueblo.

Cuando cumplió dieciséis años, el muchacho partió de Porqueamí. De nadie se despidió y nadie lo extrañaría. Nada llevó consigo. Sus únicas pertenencias eran el escarnio y el tormento. El único gesto que tuvo con su pueblo fue plantar a orillas del río que lo cruzaba una planta de frutillas, y arrodillado frente al arbusto juró: *Nunca, en los días de los días, volveré a ser víctima de los designios de la mala suerte. Nada ni nadie que la invoque cruzará mi camino, y mala suerte sufrirá quien la ofrende y quien la encarne.*

Aquel bebé, niño, joven, hombre y Comendador no tenía nada de raro. Como no era raro en Porquesí la interminable lista de prohibiciones decretadas contra cualquier superstición que augurara mala suerte.







3. ¿De qué trabaja?

El oficio de paraguero de Wilson había llegado mucho antes del apodo, se preguntaba él si por destino o azar. Seguramente por destino, porque era corriente en Porquesí que alguien con dientes de ratón despachara en una quesería, o que una señorita con orejas grandes tuviera un gran oído para afinar pianos. Era como una extraña profecía: Wilson era dueño de una cabellera atravesada por una tormenta, y por eso no fue una sorpresa cuando continuó el negocio familiar de fabricar paraguas.

Tampoco a nadie le extrañaba que en un lugar donde llovía ocho meses al año estuviera prohibido por ley abrir paraguas en lugares cerrados, y por abuso, a campo abierto. Los paraguas fueron los primeros de la larga lista de objetos prohibidos por el Comendador, y se preguntaba Wilson cómo este infeliz gobernante había sido nombrado en su cargo.

El oficio de servidor público del Comendador había llegado mucho después de dos descubrimientos que se le revelaron cuando niño en Porqueamí.

Ambos sucedieron en el mismo instante, aunque sí hubo un orden de acontecimientos. La primera revelación ocurrió un día de clases, en el tercer año de escuela, cuando

un maestro sentimental tuvo el primer gesto de amabilidad que el pequeño recibiera; dejando al alumno a cargo del aula.

De pie, en el frente, mientras vigilaba el silencio de sus compañeros, que por escasos minutos no podrían arrojarle bolas de moco ni metrallas de insultos, al chico lo poseyó una energía desconocida. La furia centrífuga de un tornado exprimió sus vísceras, sintió en sus músculos el avance incontenible de una marabunta, y en la nuca, la victoria del fuego sobre la liebre acorralada. Fue así como el entonces niño experimentó la hegemonía del poder.

El poder era un ungüento que aliviaba la hiel de la persecución. El poder era una máscara que disimulaba la condena de su nariz, pues los demás ya no miraban cómo se veía, sino lo que él hacía. El poder aniquilaba cualquier vestigio de dolor y lo resucitaba como la fuerza desbordada de un río creciente, que no dudaría en arrasar lo que encontrara a su paso. El poder era ahora la sangre que dilataba y contraía su corazón, y jamás renunciaría a él.

El segundo descubrimiento, inmediatamente posterior, fue el de los pares y pares de ojos de los alumnos que evitaban los suyos. Los mismos ojos que hacía instantes clavaban alfileres sobre su nariz, ahora, como ratones, buscaban la entrada a sus cuevas, cada vez que él recorría inclemente los bancos con su mirada de gato. Así comprobó el niño que



M M J V S D

M M J S D



M M J V S D

M J S D



M M J V S D

M M J V S D



el ejercicio implacable del poder causaba inquietud, fastidio y hasta miedo.

El miedo, en altas dosis, podría entonces ser como el zumbido de un mosquito en la oreja del durmiente, quien primero manotea al aire, luego, desespera dormido y finalmente, despierta por miedo a ser picado. El miedo podía ser más fuerte que el sueño. El miedo podía perpetuar el poder.

Desde aquel día la idea de que el miedo aseguraba el poder creció como la lluvia alimentando el alud, resonó como la réplica del terremoto, ardió como salpicadura de agua en el aceite hirviendo.

Escondiéndose tras su condición desvalida, sin defenderse nunca de sus agresores, el niño comenzó a detectar lo que causaba miedo a su alrededor y a disfrutar provocándolo.

Quien fuera temeroso de los pájaros muertos, se encontraba uno con el cuello partido entre las sábanas.

Al que tuviera miedo a las alturas, se le cortaba la soga del columpio cuando casi tocaba el cielo.

Quien temiera a la oscuridad, se quedaba encerrado toda una noche en un cobertizo donde nadie podría oírlo.

Pasó el tiempo, pero no el placer de atemorizar, y aquel niño que alguna vez creyó que solo podía causar dos cosas: vergüenza y odio, llegó a joven comprobando que podían ser tres: vergüenza, odio y miedo.





4. ¿Quién podrá detenerlo?

Desde el día primero que cruzó el arco de entrada de Porquesí, el hombre de nariz deformada no recibió ninguna pregunta, ni sobre su procedencia, ni de su peregrinaje, ni de su rostro.

Le sorprendió al caminante que no causara curiosidad su prominente mancha de nacimiento, pero más aún, lo sorprendieron las primeras palabras intercambiadas con los lugareños. Escurriéndose entre galerías y callejuelas, saludó a un soplador de vidrio que trabajaba en su solar.

—¡Buenas, don vecino! —y por dar conversación nomás, continuó— ¿Formas extrañas las de sus botellas, verdad?, ¿por qué será el aire tan caprichoso?

—¿Y por qué va a ser, forastero?... Pues porque sí— respondió el artesano sin levantar la vista de su faena.

Siguiendo en las afueras el reconocimiento del terreno, dejando atrás tejados y aljibes, al borde de un riacho escuchó el recién llegado a unas mujeres, lienzo en piedra, refregando al compás de una tonada.

—¡Buenos días, señoras lavanderas! —se acercó y saludó quitándose el sombrero— ¿Qué las tiene tan contentas? ¿Por qué cantan, tan angelicales?

—¿Y por qué va a ser, gentilhombre? —se miraron des-

concertadas ante la pregunta, pero contestaron risueñas a coro— ¡¡Porque sí!!

—¡Pero es verdad!, ¡qué pregunta la mía!, el cansancio del viaje me ha atontado —dijo mientras se secaba exageradamente la frente con un pañuelo rugoso que sacó del bolsillo de la camisa— ¡Y claro!, ¿que por qué iba a ser?

Al atardecer, el desconocido tenía una colección de idénticas respuestas por cada vez que se había cruzado con pueblerinos en una esquina, sobre un tapete o bajo un candil. Por eso, cuando rentó una habitación, se adelantó a decirle a la posadera, cuando esta abrió la boca con la intención de hablarle.

—¡No me diga nada, bella dama! La curiosidad sobre mi decisión de quedarme en este pueblo se ha posado como paloma sobre su hombro. Pues bien, de sobra sabrá usted que la respuesta es porque sí.

Al final del día, cómodo el huésped en su catre, mirando el techo, visualizaba al pueblo de Porquesí como una gran olla, con el agua y los nabos a punto justo para cocinar su caldo. Allí cumpliría su juramento de mantenerse a salvo de la mala suerte por los tiempos de los tiempos. Para eso necesitaba llegar al último escalón de la escalera, al más alto. Ese que le permitiera mirar desde arriba y enredar los hilos de este gran teatro de títeres.

5. ¿Cómo se hace?

La estrategia, paciente y meticulosa, comenzó una mañana cualquiera de bullicioso mercado, cuando al forastero pudo oírsele a toda voz mientras se empapaba a la orilla de una fuente:

—¡Fresca el agua en este pueblo! ¡La más fresca entre las frescas, de las tantas que he probado!

Y al día siguiente:

—¡Sí, señor! ¡El agua más fresca entre las frescas! ¡Afortunados el cántaro que la contiene y la garganta que la bebe!

Y al otro día:

—¡Sí, sí! ¡Afortunados el cántaro, las gargantas y este pueblo todo!

Y otro más:

—¡Sí, sí, sí! ¡Afortunado este pueblo todo, dueños absolutos de la buena fortuna!

Exaltadas ya las mañanas, por la tarde el peregrino visitaba distraídamente los alféizares de las ventanas rebalsados de limoneros, y aspirando exageradamente se le oía decir:

—¡Eterno el fragante azahar en este pueblo! ¡La fragancia más fragante entre las fragantes, de las tantas que he olido!

Y al día siguiente:

—¡Sí, señor! ¡La fragancia más eterna entre las eternas fra-



gancias! ¡Afortunados el aire que la lleva en andas y la nariz que la huele!

Y al otro día:

—¡Sí, sí! ¡Afortunados el aire, las narices y este pueblo todo!

Y otro más:

—¡Sí, sí, sí! ¡Afortunado este pueblo todo, dueños absolutos de la buena fortuna!

A la tarde le seguía la noche, y con fingida emoción, anochecer tras anochecer, visitaba el nuevo vecino el mirador de los enamorados, una barranca de cielo limpio, lienzo de estrellas fugaces.

—¡Áureo el cielo en este pueblo! ¡El más áureo entre los áureos, de los tantos que he admirado!

Y a la noche siguiente:

—¡Sí, señor! ¡El cielo más áureo entre los áureos! ¡Afortunados las constelaciones que aloja y los ojos que lo avistan!

Y otra noche:

—¡Sí, sí! ¡Afortunadas las constelaciones, los ojos y este pueblo todo!

Y otra más:

—¡Sí, sí, sí! ¡Afortunado este pueblo todo, dueños absolutos de la buena fortuna!

Pasaban así los días, las tardes y las noches, y pronto se relamió Porquesí con la miel de creerse afortunado; cuando otra mañana en el mercado, a la larga lista de efusivos ha-

lagos le siguió una inocente pregunta:

—Y díganme, vecinos ¿por qué la buena fortuna se encuentra tan bien asegurada por aquí?

Ante el inesperado interrogante se cruzaron confundidas miradas, se alzaron algunas cejas, otros tantos hombros, y tres segundos duró el desconcierto antes de recuperarse la compostura en una sola voz.

—¡Y porque sí!

—¡Sí, sí, eso es!

—¡Porque sí!

—¿Porque sí? —rio burlón el adulator— vamos, señores, la buena suerte de la que hoy gozan no es así de casual y déjenme decirles que tampoco eterna; o al menos no lo será, si no hay alguien encargado de mantener la mala suerte a raya.

Era la primera vez que alguien cuestionaba la unísona respuesta y no existía otra pregunta para retrucar la intimidante afirmación.

Algunas cejas y hombros no volvieron a su lugar. Quedaron flotando en el aire, igual que los pobladores todos, desatacado el hilo de la certeza.

Este había sido solo el comienzo y esa misma tarde, apoyado el visitante en el marco de una ventana en flor, continuaba explicando locuaz a su dueña:



—Querida señorita, lamento decirle que la buena suerte, igual que las desgracias, no ocurren porque sí. Las desgracias suceden porque las invocamos. Y sepa que numerosos hechos desgraciados están golpeando a la puerta de este pueblo, del que ya me siento hijo, cada vez que ciertas conductas los desafían.

La señorita en cuestión, que era la afinadora de pianos, prestaba tamaño oído al alegato, pero las dudas que pudieran presentársele se perdían en la empalagosa jalea de palabras, llena de vidrios.

La noche sorprendió al orador locuaz en el mirador de los enamorados, quien casi sin voz declaraba:

—Para poder seguir en estado de gracia, lo que necesita Porquesí es alguien que les recuerde qué usos y costumbres llaman a la mala suerte. Y en agradecimiento a la hospitalidad recibida, yo estoy dispuesto a impedir que se conviertan en un pueblo de desgraciados.

Los amantes ya no admiraban las luces de las estrellas fugaces por prestar atención a sus proclamas. Igual de embozados que se miraban entre ellos, escuchaban sus palabras, y no dudaban de sus aseveraciones, igual que no dudaban de su amor.

La nueva mañana, luego de todo un día de prédicas, volvió a encontrar al fabulador en la fuente del mercado, ahora rodeado de medio pueblo. Las buenas nuevas habían inun-

dado las calles como agua desbordada de las acequias. Las buenas nuevas o no tanto, habíanse esparcido al viento como semillas de dientes de león.

El tono de su declamación había subido como la marea y arrasaba con su turbia espuma los oídos desprevenidos.

—¡Porquesí es un castillo de naipes a merced del vendaval! ¡He visto en mi largo andar muchos pueblos como este que no han soportado tanto, y ustedes ni siquiera saben cómo lo han logrado! ¡Porquesí no tiene más tiempo que perder, si no quieren perderlo todo!

Cuanto más subía el volumen de su voz, más se agachaban cabezas y encogían hombros bajo el peso de sus amenazas de plomo.

Castañeaban los dientes de ratón del dueño de la quesería, que aun acostumbrado a los olores fuertes, no percibió el tufillo de sus gritos.

—Y por lo expuesto, este servidor se ofrece, humilde y desinteresadamente, a cargar sobre sus hombros tamaña responsabilidad. Si me honran, mis queridos, con el título de Comendador de la Estricta Observancia de la Invocación del Mal Agüero, ¡¡le aseguro al pueblo de Porquesí, por mi conocimiento del mundo y bajo los fueros investidos, la garantía de buena suerte eterna!!

No hubo esta vez ni un pestañeo de silencio.

—¡Sí! —dijo la señorita afinadora de pianos.

—¡¡Aceptamos!! —agregó el quesero luciendo los dientes.
—¡¡¡Lo necesitamos!!! —afirmó el soplador de vidrio.
—¡¡¡¡Le imploramos!!!! —gimieron las lavanderas.
—¡¡¡¡¡Suerte eterna para Porquesí!!!! —vivió la posadera.
—¡¡¡¡¡¡Vida eterna al Comendador!!!!!! —aclamaron todos.



6. ¿A costa de quién?

El Comendador no sabía si habían aceptado su nombramiento por las garantías prometidas o simplemente porque sí, pero tampoco le importaba.

Lo verdaderamente esencial era asegurarse a sí mismo la buena suerte eterna, y para eso formó un séquito de evitadores y de propiciadores.

Los evitadores teñían de color té con leche a los gatos negros, revestían con algodones los espejos y arrancaban los días 29 de febrero de los calendarios, seguros de que así anulaban los efectos dañinos del año bisiesto.

Los propiciadores regalaban a las mujeres calzones rosados cada Año Nuevo, juntaban boletos capicúas, plantaban semillas de tréboles de cuatro hojas y celebraban campeonatos de quiebre de huesito de pollo, para que se cumplieran los deseos del afortunado ganador.

Así se turnaban soles y lunas en Porquesí y solo a unos pocos, cuando escribían y casi sin quererlo, se les iba por su cuenta la mano y se les dibujaba un signo de interrogación. Solo a algunos y en silencio. Mas contagiado como resfrío el temor a perderlo todo, la mayoría aceptó el bastón de la seguridad, huyendo de las garras del imprevisto: del barro amenazante de una baldosa floja, de las macetas que se



lanzan al vacío desde algún balcón, del vuelo desorientado de cualquier pájaro prófugo.

En tales circunstancias, la garantía de suerte eterna confortaba como la taza de chocolate caliente entre las manos, refrescaba como la sábana blanca en una siesta de verano. La promesa de suerte eterna era tan fácil de creer...

Solo había un pequeño problema en el nuevo orden de Porquesí y era que la promesa de buena suerte era eterna, pero no para todos. Gracias a las prohibiciones como la de no poder usar paraguas, los fabricantes de pilotos eran los mandamases del lugar, siguiéndoles los criadores de palomas, que las amaestaban para acertar sus regalitos en las cabezas de las personas, y los dueños de las plantaciones de ajo, que con sus ristras adornaban cada puerta.

Pero a otros, las restricciones los habían llevado a la ruina, y desahuciados se habían ido de Porquesí en busca de nuevos horizontes. Así, vio Wilson partir al maestro carpintero, cuando las escaleras de madera fueron reemplazadas por las de sogas para que nadie pasara por debajo. Vio extinguirse a los criadores de conejos, que se volvieron blanco de los cazadores que iban tras sus patas. Vio secarse a los productores de maíz, cuando cosechas enteras de choclo fueron levantadas por osar vestirse de amarillo.

Wilson no quería irse, Wilson no iba a irse. Tres generaciones de paragüeros desaparecerían con él si se rendía. Él era

paragüero de oficio, de mote y de cabellera. ¿Era posible que no dejaran salir al sol cada mañana?, ¿que las flores desistieran de exhalar su perfume?, ¿cómo en un lugar donde llovía ocho meses al año no podía abrirse un paraguas!? A Wilson la idea de una sola y única respuesta no le entraba ni en el último mechón de su cabeza.

En vista de los acontecimientos, los paraguas de Wilson protegían de cualquier cosa menos de la lluvia. Él ya no los fabricaba, solo compraba y vendía modelos usados, que también reparaba. Los ofrecía ahora como un objeto que había perdido su función original para convertirse, cerrado, en un elemento que brindaba múltiples protecciones. Podía, claro, como bastón, defender a una anciana de un intento de robo, pero eso era una nadería frente a sus potencialidades bien detalladas en el manual de uso.

No era una locura su coartada. Sus paraguas protegían ahora del mal de ojo, de los efectos de los martes 13 y de haberse levantado con el pie izquierdo, entre tantos otros maleficios, porque qué mejor que un objeto inutilizado por traer mala suerte, para convertirse en amuleto contra los malos augurios.

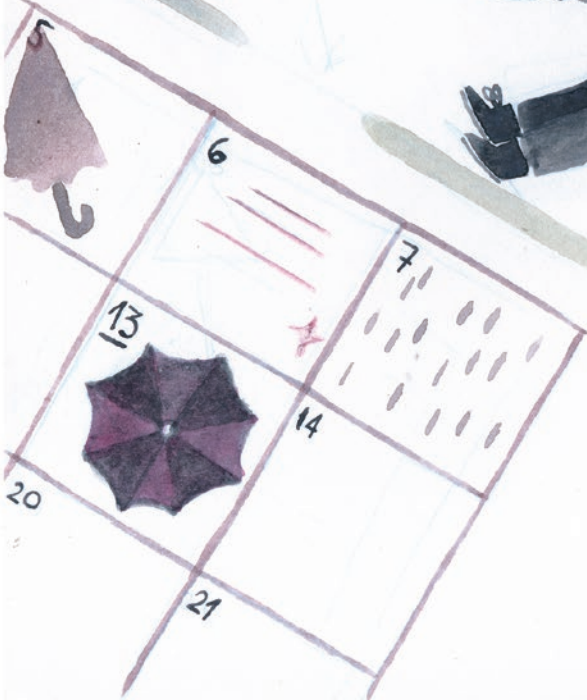
Wilson estaba esperando. No sabía qué. A la vista solo compraba y vendía paraguas, pero había otros como él, unos pocos, entre ellos tres jóvenes hermanos, Sixto, Simón y Silvestre, a quienes les enseñaba a escondidas el oficio.

MUAL DE USO

Usox Comunes



ASZTTTTT
LANOSRTP





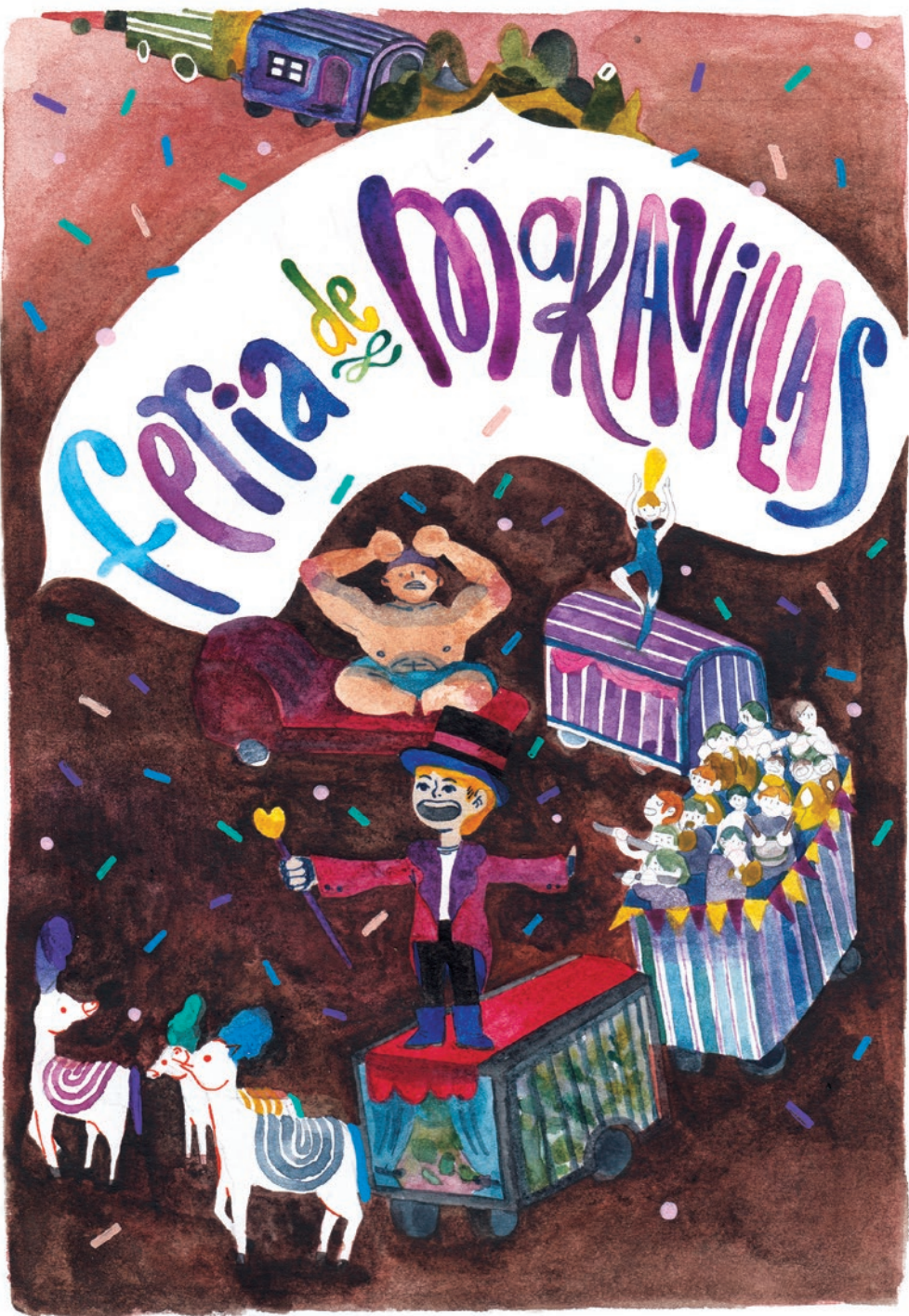
Eran los hijos del carpintero emigrado, y el único sí fácil que tenían era el de sus nombres. Ellos sabían trabajar la madera y descreían de la oferta de la buena suerte segura. Sí querían a su familia reunida nuevamente y su medio de vida asegurado.

Por las restricciones, Wilson no contaba con las materias primas originales, pero sobre hojas de plátano dibujaban los moldes, con juncos blandos moldeaban los rayos, y hasta tallaban en mangos de caña la simetría de dos alas de mariposa, las arrugas de una cáscara de nuez o el abanico del pavo real.

Wilson estaba esperando. No sabía a quién. Pero acopiaba paraguas, tenía cientos. Este tiempo oprimido como un arlequín en su caja iba a terminar. Tenía que terminar.



Feria de las MARAVILLAS



7. ¿Quién vino?

Y así transcurrían los cuatro meses de no lluvia en Porque-sí, cuando ya sudando el verano, una seguidilla de carro-matos enlazados cual cuentas de un collar, cruzó el arco de entrada. A su paso, despabilaron a los perros que dormían como estatuas sobre el polvo del camino, distrajeron el lamento de las lloronas en el cementerio y se robaron la atención de los niños por las ventanas de la escuela; hasta que la hilera se detuvo rodeando en círculo la plaza central.

Encabezaban la caravana tres caballos ponis, blancos como dientes de leche, con sobresalientes crines, violáceas el primero, y en segunda fila turquesas y esmeraldas, formando un triángulo perfecto.

Seguían burros, mulas y vacas, bajo alforjas y tarros lecheros; que no pisaban a las gallinas, polluelos y guacamayos que se les cruzaban entre las patas mientras avanzaban.

Por el aire, una guardia de canarios sin jaulas, alguaciles sin lluvia y mariposas monarcas.

Hacia la mitad del desfile, rodaba sobre troncos una fuente de aguas danzantes, salpicando vuelos de colibríes, chasquidos de dedos y besos de príncipe.

Continuaba el coche de la orquesta, donde entre liras, panderos y laúdes colgaban como sábanas de un tendal los fue-

lles estirados de acordeones y concertinas. Entre medio de platillos cuadrados y castañuelas frotaban la brisa arcos de violas y violines, y batallaban por el podio de la opulencia el órgano de tubos, el arpa y el violonchelo. Detrás, una grada escalonada con público estable, que aplaudía sin pausa, con la naturalidad de quien respira.

Daba fin a la larga fila de casas rodantes un invernadero con ruedas, donde transpiraban sus perfumes las granadas, los rábanos y las mandiocas, y florecían desfachatadas ristras y ristras de calabaza.

“Feria de las Maravillas” tintineaban las tornasoladas letras pintadas en el primer carro, y apenas detenidos uno tras otro, retumbaron los gritos del presentador, que pregona-
ba la más afamada feria de diversiones, que desde tierras lejanas había llegado a Porquesí para cambiar para siempre la vida de los pobladores.



8. ¿Quién es esa chica?

Tres días pasaron hasta que todo estuvo listo. La tarde de la gran inauguración, agolpados los espectadores frente a los carrromatos, y sobresaliendo por sobre todos ellos la cabellera de Wilson, la puertita de uno de los coches se abrió y se asomó titubeante un pequeñísimo pie, enlazado en las finas cintas de una sandalia escarlata. Seguido al primer pie apareció el otro, además de los tobillos, pantorrillas, rodillas y al fin, toda ella.

Instantáneamente creció en el aire un ¡¡Ohhhhhh!! y se estrenaron muecas de incredulidad, se arrugaron bigotes de disgusto y se tatuaron cejas de asombro.

El único que no se asombró ante lo que veía fue Wilson, que no comprendía la conmoción del público.

¿Rara, por qué?, ¿porque era baja como un banquito?, ¿quién no querría uno cerca para alcanzar en puntillas lo que se propusiera?

¿Porque era redonda como una sandía? ¿Es que no se rendían todos, en verano, a su encanto verde y púrpura?

¿Sería por su gusto en el vestir? ¿Qué podrían tener de malo los volados rojos y sueltos en el bermellón de su solero?, ¿qué daño podría causar el tul de la pequeña sombrilla cerrada, bamboleándose en su grácil muñeca?



Rara, rara. No quedaba otra opción: era por su barba. Cuánto este detalle podía opacar su extraña belleza, si era parte de su agraciado rostro. Si su barba era la continuación natural de una piel de luna, coronadas las mejillas con redondos rubores de amapola.

Rolliza y exuberante entre los breteles y las cintas, chiquita a lo largo y curva a sus anchas. Sus cabellos y barba rojiza anaranjada le parecían a Wilson el desordenado nido donde descansan los rayos de sol de la tarde.

Sumergido en esta visión, la vio alejarse hacia el centro de la plaza, quedando al descubierto un pequeño letrero en su puerta, donde leyó en una letra fina y ondulada “Elizabetha, la Mujer Barbuda”.

¡Elizabetha, oh, Elizabetha! suspiraba Wilson, su hermosura era anunciada por el nombre mismo, redonda ella como la segunda letra del alfabeto griego.





9. ¿A quién se le ocurre?

La plaza había sido convertida en pista.

El Comendador se había ocupado personalmente de los preparativos. Se había trasladado de forma provisoria el monumento a la herradura gigante inaugurado recientemente. Se habían recogido las heces de perro que los barrenderos usualmente no levantaban para fomentar las posibilidades de hallar buena suerte al pisarlas, y se habían enjaulado las bandadas de palomas con sus afortunados proyectiles.

El césped, seco por los meses de no lluvia, había sido cubierto con aserrín y luego con innumerables piedritas de colores, extraídas del fondo de todas las peceras de Porquesí.

Había palcos para las autoridades, decorados con escarpelas gigantes, verdes y violetas, y de las ramas de los árboles colgaban serpentinas de cáscaras de naranjas, manzanas y limones, cortadas a mano de una sola vez, lo que aseguraba que sería un evento muy afortunado.

Ya estaba afinando el coro de sapos, que fuera de la temporada de lluvias, disfrutaba de sus vacaciones y solo se reunía a croar en ocasiones especiales.

La ahora pista estaba rodeada de centellantes puestos, desbordados de guirnaldas de capullos, banderines y lampari-

llas de colores. En cada uno de ellos podía ponérsele la cola al burro, pescar de un estanque-palangana patitos feos y no tanto, e intentar atrapar un gallo escurridizo, aunque los juegos eran solo el aperitivo de la atracción principal. En el centro pasaban, uno tras otro, espectáculos nunca vistos en Porquesí. Muchas bocas abiertas dejaron a su paso los enanos más altos del mundo, un domador de luciérnagas y su acto lumínico de vuelo sincronizado, y un mentalista que hipnotizaba girasoles, logrando que no voltearan hacia el sol.

Y mucho antes de que el público pudiera aburrirse, comenzó a anunciarse el acto de “Elizabetha, la Mujer Barbuda de Barbados”, imitadora de sonidos.

Elizabetha atesoraba en su garganta el don inigualable de reproducir los infinitos ecos y resonancias que el oído humano hubiera alguna vez percibido. Todo lo que se escuchara podía ser imitado por ella.

Con pasos livianos y breves, apoyando primero la punta de su sandalia y luego el tacón, taco-punta, taco-punta, avanzó lenta y segura hasta la tarima en medio de la pista. Lucía el mismo vestido rojo con el que Wilson la había conocido y como detalle de su vestuario de gala la sombrilla tenía ahora lentejuelas, además de reinar entre sus tirabuzones carmesí una diadema de corales color coral, pimpollos de rosas rosadas y azahares de naranjas anaranjadas. Sobre

los millares de piedritas multicolores, Elizabetha parecía una gran cereza adornando una torta cubierta de granas. Ya en la tarima, juntó sus manos, entrelazó los dedos a la altura del ombligo, tomó aire y comenzó.

Primero emitió el llamado de los delfines en un sonido bajo agua, agudo y profundo; y aunque nadie lo supiera, varios de ellos respondieron a su mensaje en las lejanas playas de Porquesí. Luego, el tono exacto del imperceptible florecer de la orquídea, que muchos escuchaban por primera vez. Y en tercer lugar, y como muestra mayor de su arte, fue el trueno. Fuerte, poderoso, atormentado. Tan inmersa estaba la audiencia en su acto, que nadie se percató de la brisa que empezó a marear bucles y guirnaldas.

Nadie hubiera podido sospechar que Elizabetha imitaba tan bien los sonidos, que a veces la naturaleza se confundía y seguía sus ritmos. Fue así que el airecillo se transformó en brisa, en ventolina, viento y ventarrón. Y como era de esperar, seguido al ventarrón, comenzaron a caer las primeras gotas sobre los sombreros y peinados de la audiencia, que extasiada no las notaron, siempre creyendo que era la garganta de la intérprete la dueña del sonido.

La ilusión duró lo que un relámpago, hasta que Elizabetha, plácidamente, cerró sus labios para abrir su sombrilla y protegerse de la lluvia.



10. ¿Quién iba a saber?

Un paraguas abierto. *iiii*Un paraguas abierto!!!! Los más pequeños no lo habían visto nunca. Cientos de pares de ojos dejaron de pestañar. Las lenguas se secaron. Las nalgas se apretaron, las rodillas temblaron, y sobrepasando el clamor de cualquier trueno que se atreviera a hacerle frente, se escuchó un *iiii*NOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOO!!!! desde el palco del Comendador.

En ese mismo momento el cielo decidió vaciarse hecho tormenta y la muchedumbre empezó a desperdigarse, unos huyendo del agua, otros, convencidos de las siete plagas que estarían en camino. Entre ellos se tropezaban, chocaban, caían y levantaban, todo ante la mirada impassible de Elizabetha, calma y a salvo, sobre su tarima, debajo de las lentejuelas de su sombrilla.

Aterrado, el Comendador bajo el palco tartamudeaba:

—¿De qué parajes vienen es-tas-tas gentes, que no saben que aquí está prohi-prohibido abrir para-para-paraguaaaaaaaas? *ii*Fuera!! *iii*Destiérrenlos!!!! *iiii*Que vuelvan a Porsuculpa, que seguro es de donde vienen!!! *iii*Fue-raaaaaaaaaaaaaaaaaa!!!

Y sobre el silencio mojado, brotando por debajo de los bancos de la plaza, saliendo de adentro de los buzones y

de las cuchas de los perros, empezaron a escucharse voces amenazantes: ¡Sí!, ¡¡que se vayan!!, ¡¡¡no queremos agoreros!!!, ¡¡¡pájaros de mal agüero!!!! ¡¡¡Fuera!!!! ¡¡¡¡Fuera!!!!!! ¡¡Fueraaaaaaaaaaaaaaaaaa!!!

Los recién llegados, uno a uno, tras Elizabetha, recogieron sus cosas, aros, cintas, serpentinas y guirnaldas, y cabizbajos y empapados, volvieron a sus carrromatos.

Solo Wilson había permanecido en medio de la plaza bajo la lluvia y observaba sereno lo que al fin y al cabo había sido todo un espectáculo.

Los pobladores, a salvo del Apocalipsis en sus casas, y los artistas, refugiados de las injurias en sus carros, no pudieron ver con sus ojos lo que Wilson siempre había sabido. Quieto y solo en la plaza vacía, ninguna desgracia había sobrevenido, ningún mal se había desatado. No había ocurrido nada.



II. ¿Quién es ese chico?

Al día siguiente, recién cuando el sol llegó bien alto, algún valiente corrió temeroso una cortina, animándose a enfrentar el inexorable desastre acontecido.

Una a una comenzaron a levantarse las persianas y la vista era la misma: la plaza intacta y en medio Wilson, sentado con sus piernas flexionadas, con las rodillas en punta que sobrepasaban el alto de su pelo, formando una perfecta eme mayúscula.

La misma escena observaba Elizabetha desde el ventilluz de su carro.

No era la primera vez que veía lo largo de esas piernas y cabellera al cielo. En el poco tiempo que había pasado en Porquesí había escuchado la voz finita de Wilson pregunando sus paraguas-amuleto por las calles o preguntando en el mercado por qué se había roto algún paraguas que le daban para reparar. Y en cada ocasión, al momento que lo oía, flotaban las murmuraciones de los pobladores que lo llamaban “el raro”.

¿Raro, por qué?, ¿por su extrema delgadez?, ¿por su interminable altura? Alto y desgarbado, “flexible”, a su parecer, él podría describirle las vistas que ella no alcanzaba: ¿cómo anidaban los nidos en las ramas de los árboles?, ¿cuál era la

vida secreta de los marcos de las puertas?, ¿sonarían como guitarras los cables de luz, cosquilleados por el viento? ¿Raro, por qué? No podía ser por los rayos del sol negro que coronaban su cabeza.

Y menos por su gusto en el vestir. De todo lo que llevaba puesto, lo que más le agradaba eran sus medias rojas a lunares negros, los pies como dos alas de vaquita de San Antonio, que hasta daban ganas de pedir un deseo.

Sumergida en esta visión y buceando entre cardúmenes de porqués, Elizabetha comenzaba a empacar el último de sus baúles.

¡Wilson, oh, Wilson! suspiraba con su verdadera voz, mientras doblaba el último volado del último vestido.

En la plaza, Wilson había pasado despierto toda la noche, primeramente lamentándose porque a Elizabetha le quedaba poco tiempo en Porquesí; luego, enfurecido por no poder evitarlo, y al final imaginando, tal vez, unirse a la Feria, desafiando las alturas como equilibrista con alguno de sus paraguas en mano.

Aunque de cuerpo presente, muy lejos andaban sus pensamientos para notar las sombras adelantadas a las siluetas que empezaban a pintar los adoquines en los callejones.

El sol secaba con su lengua lo que quedaba de los charcos, exhalando la tierra un vapor agusanado, que se mezclaba

espeso con el polvo hirviente de pisadas que se multiplicaban marchando.

Ese rumor sordo de una estampida a lo lejos sacó a Wilson de su letargo, cuando ya de cerca vio venir hacia sí el contorno de una sombra espesa. Al frente, Simón, Sixto y Silvestre; y luego a los demás, que caminaban de a uno, luego de a dos, de a cinco y de a muchos, saliendo de entre las callejas y uniéndose a la concentración de pasos que avanzaba hacia el centro de la plaza donde él estaba.

Aparecían los de las afueras y los de los adentros, con los gatos chorreando, bañados, pero más negros que nunca; las escaleras de sogas enrolladas al hombro y algunos hasta con los calzones rosados en la cabeza.

Llegaban los miedosos como recién levantados, refregándose lagañas de fraude pegoteadas a los ojos. Llegaban los ingenuos bostezando el mal aliento de la farsa. Llegaban los obedientes con la vejiga hinchada de rabia.

Despejadas las nubes del engaño igual que la tormenta de la última tarde, el feroz descubrimiento había obrado como el segundo golpe en la cabeza del amnésico, que le hace recuperar la memoria. Un rugir de gritos agrietados repetía el decir olvidado que resonaba como el TIC-TAC de una bomba. TIC-POR, TAC-QUÉ, TIC-POR, TAC-QUÉ TIC-TAC, ¿POR QUÉ?, TIC- TAC ¿POR QUÉEEE?, ¿POR QUÉEEEEEEEEEE?

Y ya frente a Wilson, al recobrado sabor de la pregunta en la boca, le siguió el rayo de la revelación: el pueblo no lo había señalado desde siempre como “el raro” solo porque sí. El extrañamiento que el paraguero les provocaba, la piedra en el zapato que les molestaba era porque Wilson les devolvía una fugaz imagen de lo que ellos alguna vez habían sido. Wilson ¡preguntaba! ¡¡Wilson se preguntaba!! ¡¡¡¡Wilson les preguntaba!!!

¿Y por qué preguntaba? Quién lo sabe, pero... ¿algunos no aprendían un instrumento sin que nadie les enseñara?, ¿no sorprendía, a veces, un duraznero en medio de un olivar?

Como una pila de ropa sucia seguía amontonándose la furia en la plaza, y tras los descreídos llegaban también los otros: los convenidos, los convidados, los impostores, los impostados. Los camuflados de indignación también clamaban por la presencia del tirano.

Que explicara el oscuro derrame de miedo en las aguas claras de Porquesí, que diera cuentas de lo que casi nadie se había dado cuenta, que justificara la mala suerte de los invisibles. Que pagara, ¡QUE PAGARA! ¡¡QUE PAGARAAA!!





¿POR QUÉ?

¿POR QUÉ?

¿POR QUÉ?

¿POR QUÉ?

¿POR QUÉ?



12. ¿Qué hacer?

En el centro de este huracán humano Wilson presenciaba las consecuencias de la primera lluvia, que por el solo sentido común de Elizabetha, había encontrado la resistencia de un paraguas abierto.

A la vista estaba que no se había desatado el fin de los tiempos, pero sí era el final de un tiempo, el del Comendador, y suerte sería que lo que acababa de empezar no terminara en tragedia.

Era necesario hallar una forma en que los descreídos se manifestaran. Un objeto catalizador, una válvula de escape que espontáneamente los representara y les permitiera descargarse. ¡Y eso era! ¡La resistencia de un paraguas!

Wilson salió a zancadas a buscar a su taller los paraguas que venía fabricando a escondidas. ¡Tenía un ejército de paraguas! Desde lo alto encontró rápidamente a sus aprendices, para que lo ayudaran a cargarlos. Entre los cuatro hicieron uno, dos, diez viajes; rebalsándoles los brazos y repartiendo paraguas de a dos entre la gente.

El efecto era inmediato, los descreídos tomaban con fuerza uno en cada mano y los golpeaban entre sí, como bastones, como platillos, haciendo un ruido monótono, re-vuel-to, ru-gien-te, vio-len-to.

Desde el balcón de su despacho, tras el terciopelo de los cortinados, miraba el Comendador la plaza emparaguada y protegida de cualquier carismático discurso con que pudiera convencerlos.

Permanecían fieles algunos colaboradores, vigilando la puerta de atrás que conducía a una azotea donde lo esperaba listo un globo aerostático. Antes que volara todo por los aires volaría él, escapando en el único medio de transporte aéreo de Porquesí.

—¡¡Desacatados!!, ¡¡desagradecidos!!, ¡¡desaforados!!! Y yo... que dediqué mi vida a protegerlos —berreaba como recién nacido, mientras se trepaba despatarrado al canasto del globo— ¡Que yo no tomé el poder por la fuerza, ¿eh?!, ¡ustedes me pidieron!, ¡ustedes me nombraron! —gritaba, mientras levantaba con gran esfuerzo las bolsas de arena— ¡Ya me van a venir a buscar!, ¡clamarán por mi investidura! ¡¡Yo soy el Comendador de la Estricta Observancia de la Invocación del Mal Agüero!! —seguía amenazando y soltaba amarras— ¡¡¡Van a rogar que vuelva... ya van a saber lo que es vivir en desgraciaaaaaaaaaa!!!

Desde la plaza, la multitud apenas dejó de hacer sonar sus paraguas para ver elevarse el globo con el Comendador a bordo, que aún escupía maldiciones de cianuro.

Ya muy lejos, cuando solo se veía la silueta negra y redondeada pegada al sol, solamente Wilson, desde su sobresa-

liente altura, alcanzó a ver la abrupta extinción de la llama que propulsaba al globo.

Una vez más se preguntó si el fortuito hecho habría ocurrido por destino, por azar o debido al apresurado cálculo de combustible de la huida. Si era por azar, quedaba el Comendador a merced del viento, de las inciertas corrientes de aire, de su poca pericia maniobrando un globo y, finalmente, librado a su suerte.

Si era por destino, quedaba el Comendador a merced de los lobos en tierra, de los tiburones en el mar, de su propia hambre en el aire y, finalmente, librado a su muerte.

Los paraguas finalmente acallaron su aullido.

Simón, Sixto y Silvestre, trepados al monumento de la herradura gigante al pie de la plaza, hablaron a la multitud. En un discurso tan improvisado como contundente, de tantas veces repetido en sus charlas clandestinas, se propusieron y fueron votados como triunvirato provisorio hasta que se declararan elecciones.

Asumirían al día siguiente, pero su primera medida fue enviar a la cárcel a los cómplices propiciadores y evitadores, hasta que las autoridades definitivas dispusieran un juicio. Entonces la furia fue euforia y fue fiesta, serpenteando por acequias, pórticos y patios. Y sonaron campanas y se encendieron fuegos y se bebieron néctares y se bailaron vinos.



Así se escabulleron las gentes y la juerga por las calles, y la plaza comenzó a apagarse mientras se encendían las primeras estrellas.

Y otra vez Wilson en el centro, solo, sentado en eme mayúscula, respirando su nueva libertad entre paraguas, maullidos lejanos, sogas y calzones.

Tan alto era, que aun sentado a lo lejos pudo ver, como hormigas en fila, los carromatos partiendo. Igual de remota parecía en aquel momento la Feria de las Maravillas, Elizabetha y su acto.

Lo curioso era, que mientras más se alejaba la caravana, más cerca se oía cierto sonido que viajaba en andas de un tibio airecillo. Wilson miró las hojas de los árboles, que no se movían, y así supo que lo que escuchaba era la resonancia de un eco. Y como el aliento de un secreto al oído el eco decía: *Este no es un adiós. Rehúyen mis labios esa palabra tan corta para despedidas tan largas. Tras tres lunas volveré. Te conoceré y me conocerás. No me olvides. No te olvidaré.*

Y sobre la última palabra Wilson pudo sentir cómo el eco se ruborizaba.



13. ¿Quién diría?

A partir de entonces, Porquesí continuó su vida organizándose, con paraguas y escaleras, preguntando y respondiendo. Con cosechas felices y no tanto, buen y mal tiempo, y niveles de suerte lo saludablemente inciertos.

Pasada la transición del triunvirato, a Wilson le fue ofrecido presentarse al cargo de Comendador, pero él lo rechazó por dos motivos: primero porque planteó abolir esa forma de gobierno de a uno, que era como un piano con una sola tecla. Segundo, y lo más importante, él solo quería ejercer el oficio que siempre había defendido: el de paragüero.

Entonces Sixto, Simón y Silvestre, que en su breve mandato habían propuesto la segunda fundación de Porquesí, llamaron a elecciones libres para conformar una asamblea. Y ahí andaban los postulantes delineando planes y programas, pensando nuevos nombres para bautizar al pueblo y fundamentando sobre todo, dorándose al fuego de la argumentación, ya que los porqués de los vecinos a sus propuestas crecían decididos como musgo en la piedra.

Elizabetha, entre tanto, siguió viajando e imitando la voz de la creación.

Asomó una y otra vez la punta de su sandalia roja por la pequeña puerta de su carro, y por los cuatro lados del mundo.

Con su acto disipó la niebla en los arrecifes del norte, emigraron los mirlos de las dunas del sur, aceleró primaveras en el oasis de Oriente y demoró en Occidente el crujir del gran glaciario.

Mas cuánto podían significar estos pequeños detalles frente al milagro de los nuevos sonidos que pudo agregar a su espectáculo, desconocidos para ella hasta entonces. Así deslumbraba al público imitando el aleteo de mariposas en la panza, los eternos suspiros del echarse de menos y los latidos acelerados de un expectante corazón.

Como había prometido, pasaron dos lunas de clara y una de yema, antes de su regreso a Porquesí.

Wilson nunca conoció su verdadera voz. En sus visitas, ella le hablaba entonando los sonidos de los legendarios lugares que había conocido, mientras trenzaban glicinas debajo de una glorieta o compartían una limonada a la sombra verde de algún balcón.

Cuando caminaban bajo un paraguas, si llovía, o bajo la sombrilla de tul en los días de sol, los pobladores de Porquesí, al verlos tan diferentes del resto y tan distintos entre sí, se preguntaban cómo era posible tal cortejo.

Y para los recién estrenados en el arte de preguntar, duraba la duda lo que una burbuja en el aire, pues ellos mismos se respondían ¿y por qué no?



Verónica García Ontiveros



FOTO: DIEGO MOSCATO

¿Por qué escribo?, me preguntaría Wilson, y yo no le contestaría “porque sí”. Escribo igual que respiro, de forma inevitable e imprescindible. Porque lo hago desde que recuerdo, cuando los años comenzaban con mil novecientos...

Porque estudié Publicidad primero, medio Profesorado de Literatura después, y todo y siempre alrededor de la palabra. Porque me gusta explorar, y por eso escribí desde libros de poesía –“Alguaciles” y “Acá Tá”–, hasta cuentos de terror en “No es sangre lo que corre por mis venas”.

Porque trabajo todo el día escribiendo o transmitiendo a otros la vital tarea de encontrar su voz.

Porque cada palabra, pequeño reino, me hipnotiza o me repele, y ante todo me invoca.

¿Exagerado? Puede ser. ¿Raro? Tal vez.

Dani Arias



Nací en 1985 en Comodoro Rivadavia, Chubut. Soy ilustradora e historietista. Realicé residencias en SVA (2012, NYC, EE.UU.) y Shiro Oni (2015, Onishi, Japón). En 2012 formé, junto a las historietistas Valeria Reynoso y Romina Fretes, el sello editorial In Bocca al Lupo. Participé de las muestras Los Accidentes (Centro Cultural Recoleta), Museo Mutante (Museo Histórico Nacional) y Sudestada 100 (CCR).

En 2016 publiqué el libro “Así” junto a Luciana Schwarzman (Ediciones de la Terraza) y en 2017, “Debajo de la corteza” (Editorial La Pinta). En 2018 gané un subsidio del Fondo Metropolitano de las Artes para la publicación de “Pibas”, una antología de historietas hechas por mujeres argentinas. Y, en 2019, “Pibas” fue editado por Hotel de las Ideas.

Ediciones de la Terraza



Cuando un libro se abre, junto con él, se abre un camino. Deseamos que, al hojear sus páginas, viajes y explores destinos insospechados. No solo desde los textos, sino también descubriendo los relatos que proponen las ilustraciones. Publicamos todos nuestros libros bajo licencias Creative Commons, para que puedan tender nuevos puentes entre creadores y lectores. De esta manera nos sumamos a muchos otros proyectos que entienden que la construcción del conocimiento y la cultura es colectiva.

Creemos en un trabajo conjunto, entre autores y editores, acompañados por una comunidad que apuesta a otras formas de producción cultural, solidarias y comunitarias.

Índice

1. ¿Dónde vive? ¿Usted quién es?	9
2. ¿Por qué a mí?	13
3. ¿De qué trabaja?	19
4. ¿Quién podrá detenerlo?	25
5. ¿Cómo se hace?	27
6. ¿A costa de quién?	35
7. ¿Quién vino?	43
8. ¿Quién es esa chica?	45
9. ¿A quién se le ocurre?	49
10. ¿Quién iba a saber?	53
11. ¿Quién es ese chico?	55
12. ¿Qué hacer?	61
13. ¿Quién diría?	67
Las autoras	70

García Ontiveros, Verónica

Wilson / Verónica García Ontiveros ; ilustrado por Daniela Arias. - 1a ed ilustrada. - Córdoba : Ediciones De La Terraza, 2021.

76 p. : il. ; 21 x 15 cm.

ISBN 978-987-4991-12-6

1. Narrativa Argentina. 2. Literatura Juvenil. 3. Novelas de Aventuras. I. Arias, Daniela, illus. II. Título.

CDD A863.9283



DE LOS TEXTOS, Verónica García Ontiveros

Atribución – NoComercial – SinDerivadas (by-nc-nd).



DE LAS ILUSTRACIONES, Daniela Arias

Atribución – NoComercial – CompartirIgual (by-nc-sa).

Este libro fue posible gracias al acompañamiento y apuesta de una comunidad protagonista que cree en la construcción colectiva y colaborativa de la cultura. La campaña de financiamiento colectivo “¡Vamos a dar vuelta el 2020!” hizo posible los libros “Ecos de la lengua”, “Wilson”, “Buscando la poética de Tres Tigres Teatro” y “Marula”. Gracias infinitas a quienes participaron.



Creemos que esta leyenda debe quedar como una huella de su producción en cada uno de los libros. Los detalles de la campaña pueden consultarse en este enlace de la web editorial: edicioneslaterraza.com.ar/dar-vuelta-el-2020/

La versión digital de estas páginas está disponible de manera gratuita para todos los que nos la soliciten porque quienes hicimos este libro creemos en una cultura cada vez más libre. Recibimos sus comentarios en nuestro mail: edicionesdelaterraza@gmail.com

Impreso en Argentina - Queda hecho el depósito que prevé la ley 11.723.

Se imprimieron 1000 copias de “Wilson” en Premat Industria Gráfica SRL (Entre Ríos 2650, premat@prematgrafica.com.ar, Córdoba, Argentina, durante Junio de 2021.

Obra publicada con el auspicio de la Municipalidad de Córdoba, Fondo Estimulo a la Actividad Editorial Cordobesa 2020 -Ordenanza 8808-



**Municipalidad
de Córdoba**







wilson

Verónica García Ontiveros

Dani Arias


ediciones de la
terrazza





Un vendedor de paraguas.
Un comendador.
Una mujer barbuda.
Un pueblo que deja de hacer
preguntas y se ve atrapado en
una red de impedimentos
y miedos.
En el pueblo de Porquesí
brotan los personajes,
se enredan situaciones,
pero ¿volverán del exilio las
ganas de preguntar?



edicioneslaterraza.com.ar

